

Pasando por su memoria la suerte de su mujer e hijo, Demetrio vuelve el revólver a la cintura. «Que se le pegue fuego a la casa— ordenó a Luis Cervantes cuando llegan al cuartel. Y Luis Cervantes, con rara solicitud, sin transmitir la orden, se encargó de ejecutarla personalmente». (Pág. 93).

VI. *Se habían alojado en una casona* (pág. 94)

Cervantes ofreció su botín de monedas, dijes y anillos a Macías con la explicación: «... al buen sol hay que abrirle la ventana... Hoy nos está dando la cara; pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante». (Pág. 95). «Mire, mi general; si, como parece, esta bola va a seguir, si la revolución no se acaba, nosotros tenemos ya lo suficiente para irnos a brillarla una temporada fuera del país...» (pág. 96). Macías resiste a la tentación. Pero le gustaría Camila: «La muchacha es fea; pero si viera cómo me llena el ojo...» (pág. 96).

VII. *¿Yo qué sé?* (pág. 97)

«Camila amaneció en la cama de Demetrio.» (pág. 97). Luis Cervantes la había traído con engaño.

VIII. *Ya el sol se había puesto* (pág. 99)

La ruina moral de los revolucionarios de Macías es más aparente de día en día. «Demetrio se emborrachaba allí con sus viejos camaradas.» (pág. 99). Han matado al sacristán de la iglesia porque vestía pantalón, chaqueta y gorrita. «Pancraccio no puede ver un catrín enfrente de él.» (pág. 100).

IX. *El torbellino de polvo* (pág. 101)

«Cerrando la retaguardia, y al paso, venían Demetrio y Camila; ella trémula aún, con los labios blancos y secos; él, malhumorado por lo insulso de la hazaña.» (pág. 101). El güero Margarito torturaba sadísticamente a un prisionero federal. Camila refirió el caso a Demetrio, pero él no contestó nada.

X. *La tropa acampó en una planicie* (pág. 103)

Encuentran gente más pobre que aquellos de la sierra. En la planicie todos sienten una tristeza.

XI. *Antes de la madrugada* (pág. 107)

Se pusieron de camino a la sierra. Pancraccio, ya oficial de Macías, mató brutalmente a un prisionero federal, «dio una gran carcajada, y dijo: ¡Qué bruto soy!... ¡Ahora que lo tenía enseñado a no comer!...» (pág. 109). En otra ocasión, Camila intervino para que se devolviese su maíz a un paisano a quien acababan de «limpiarlo».

XII. *Iban llegando ya a Cuquio* (pág. 111)

La Pintada, amante del güero Margarito, insulta y hiere a Camila, amante de Demetrio Macías, y dice: «Mátame tú, Demetrio —se adelantó, entregó su arma, irguió el pecho y dejó caer los brazos—» (pág. 114). Demetrio la echa. El güero Margarito dice: «¡Ah, qué bueno!... ¡Hasta que se me despegó esta chinchel!...» (pág. 114).

XIII. *En la medianía del cuerpo* (pág. 114)

Macías está melancólico. Los paisanos se escapan de los revolucionarios. Esos se interesan por «el barrio de las muchachas» (pág. 117), o juegan cruelmente con disparos entre las personas paisanas.

XIV. *Humo de cigarro, olor penetrante* (pág. 118)

En el tren en que Macías y los suyos van a tomar consejo del general Natera, se oye la queja plañidera y automática de una mujer: «Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca...» (pág. 118). Después de la primera indignación, los revolucionarios también admiten lo mismo, pero con otra explicación. Según el güero Margarito, «Eso sí, mi gusto es gastarlo todo con las amistades. Para mí es más contento ponerme una papalina con todos los amigos que mandarles un centavo a las viejas de mi casa...» (pág. 120).

Macías no entiende la política, pero está dispuesto a «seguir peleando» (pág. 122) de parte de quien le ha dado la aguilita de general.

Tercera parte: (*La derrota final de la Revolución*)

I. *Muy estimado Venancio* (pág. 123)

Luis Cervantes se escapó a los Estados Unidos y en su primera carta sugiere a Venancio, un barbero de ayer, y ahora uno de los revolucionarios de Macías, que venga a los Estados Unidos. «Si usted y yo nos asociáramos, podríamos hacer un negocio muy bonito.» (pág. 123). «Podríamos establecer un restaurante netamente mexicano... Yo me acuerdo que usted toca bastante bien la guitarra, y creo fácil, por medio de mis recomendaciones y de los conocimientos musicales de usted, conseguirle el ser admitido como miembro de la Salvation Army, sociedad respetabilísima que le daría a usted mucho carácter.» (pág. 124). Los revolucionarios ascendían la cuesta para pelear. «¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie!» (pág. 124). «A la proximidad de la tropa, las gentes se escurrían a ocultarse en las barrancas.» (pág. 125).

II. *¿Por qué se esconden ustedes?* (pág. 126)

Los cuatro fugitivos que han llevado a Macías eran desertores después de la tremenda derrota del general Villa en Celaya. Aunque Valderrama, un poeta romántico que seguía a Macías, declamó: «¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la Revolución porque es Revolución!...» (pág. 128), el sentir común fue expresado por un refrán: «¡Cada araña por su hebra!...» (pág. 129).

III. *Aquel pueblecillo* (pág. 129)

El hallazgo de un barril de tequila fue la ocasión de fiesta para los revolucionarios. Hubo peleas de gallos. «La lucha fue brevísima y de una ferocidad casi humana.» (pág. 130). «Demetrio había vuelto la cara para que no le vieran los ojos.» (pág. 131). Valderrama, después de haber bebido la mitad de la botella de tequila, comentó: «¡Y

he aquí cómo los grandes placeres de la Revolución se resolvían en una lágrima!...» (pág. 131).

IV. *Asomé Juchipila a lo lejos* (pág. 131)

Valderrama, a la vista de Juchipila, dobla la rodilla y gravemente besa el suelo rezando su oración: «¡Juchipila, cuna de la Revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos!... —porque no tuvieron tiempo de ser malos—, completa la frase brutalmente un oficial ex federal que va pasando.» (pág. 132). «Valderrama se interrumpe, reflexiona, frunce el ceño, lanza una sonora carcajada que resuena por las peñas, monta y corre tras el oficial a pedirle un trago de tequila.» (pág. 132). Demetrio confiesa a sus cercanos: «Malamente andamos.» (pág. 133). «Valderrama, el vagabundo de los caminos reales, que se incorporó a la tropa un día, sin que nadie supiera a punto fijo cuándo ni en dónde, pescó algo de las palabras de Demetrio, y como no hay loco que coma lumbre, ese mismo día desapareció como había llegado.» (pág. 134).

V. *Entraron a las calles de Juchipila* (pág. 134)

«Entraron a las calles de Juchipila cuando las campanas de la iglesia repicaban alegres, ruidosas, y con aquel su timbre peculiar que hacía palpar de emoción a toda la gente de los cañones.» (pág. 134). El repiqueteo no era por los revolucionarios. «Ahora ya no nos quieren... —pero, ¿cómo nos han de querer...?» (pág. 134). «Luego, con melancólica solemnidad, se escaparon del interior del templo las voces melifluas de un coro femenino. A los acordes de un guitarrón, las doncellas del pueblo cantaban los “Misterios”. —¿Qué fiesta tienen ahora...?— ¡Sagrado Corazón de Jesús!» (pág. 135).

VI. *La mujer de Demetrio Macías* (pág. 136)

«¡Casi dos años de ausencia!

Se abrazaron y permanecieron mudos; ella embargada por los sollozos y las lágrimas.

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro... Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre.

—...¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?...» (pág. 136).

«La faz de Demetrio se ensombreció...

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para...» (pág. 137).

VII. *Fue una verdadera mañana de nupcias* (pág. 138)

«... Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagiados de la alegría de la mañana...

—En esta misma sierra —dice Demetrio—, yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales...» (pág. 138).

«Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz...

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... ¡Paf!... ¡Paf!... ¡Paf!...» (pág. 139).

«Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...» (pág. 140, fin de la obra).

C) La evaluación filosófico-estética de la obra

El autor ha captado admirablemente lo que se llama el «misticismo revolucionario», el arrebatado de las pasiones humanas para cambiar con fuerza el orden establecido. Esta embriaguez de la libertad sin obligaciones ni responsabilidad es, según la descripción de la novela, (a) *inocente*, (b) *amoral* y (c) *inmoral*. Véase solamente un ejemplo para cada clase:

a) «En su caballo zaino, Demetrio se sentía rejuvenecido; sus ojos recuperaban su brillo metálico peculiar, y en sus mejillas cobrizas de indígena de pura raza corría de nuevo la sangre roja y caliente.

Todos ensanchaban sus pulmones como para respirar los horizontes dilatados, la inmensidad del cielo, el azul de las montañas y el aire fresco embalsamado de los aromas de la sierra. Y hacían galopar sus caballos, como si en aquel correr desenfrenado pretendieran posesionarse de toda la tierra. ¿Quién se acordaba ya del severo comandante de la policía, del gendarme gruñón y del cacique infatuado? ¿Quién, del mísero jacal, donde se vive como esclavo, siempre bajo la vigilancia del amo o del hosco y sañudo mayordomo, con la obligación imprescindible de estar de pie antes de salir el sol, con la pala y la canasta, o la mancera y el otate, para ganarse la olla de atole y el plato de frijoles del día?

Cantaban, reían y ululaban, ebrios de sol, de aire y de vida.» (págs. 50-51).

b) «Se distinguen en la carnicería Pancracio y el Manteca, rematando a los heridos. Montañés deja caer su mano, rendido ya; en su semblante persiste su mirada dulzona, en su impassible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chacal.» (pág. 60).

c) «Iban llegando ya a Cuquío, cuando Anastasio Montañés se acercó a Demetrio y le dijo:

—Ande, compadre, ni le he contado... ¡Qué travieso es de veras el güero Margarito! ¿Sabe lo que hizo ayer con ese hombre que vino a darle la queja de que le habíamos sacado su maíz para nuestros caballos? Bueno, pos con la orden que usted le dio fue al cuartel. “Sí, amigo, le dijo al güero; entra para acá; es muy justo devolverte lo tuyo. Entra, entra... ¿Cuántas fanegas te robamos?... ¿Diez? ¿Pero, estás seguro de que no son más de diez?... Sí, eso es; como quince, poco más o menos... ¿No serían veinte?... Acuérdate bien... Eres muy pobre, tienes muchos hijos que mantener. Sí, es lo que digo, como veinte; esas deben haber sido... Pasa por acá; no te voy a dar ni quince, ni veinte. Tú no más vas contando... Una, dos, tres... Y luego que ya no quieras, me dice: ya.” Y saca el sable y le ha dado una cintareada que lo hizo pedir misericordia.